

RECÓNDITO (2003)

La puerta del secreto ilumina el silencio,
el polvo difumina momentos.
Tantas vidas, tantos recuerdos;
rastros, rostros, sonrisas, besos y caricias
flotan en el vacío, pincelando la rutina.
En el origen del laberinto Alexandra sonrío
con dientes de leche,
Mari luz promete esperar para siempre,
sin saber... qué era esperar.
Lorena y Norena juegan a una adultez
que no me pertenece.
Me escondo en la calle de Marisela,
Clara dice que soy lindo,
Elisa no me perdona el día del amor y la amistad,
Los ojos de Damaris brillan y sus labios saben besar.
Sandra y Bibiana pelean por mí,
mientras yo pienso en Mari Sol diciendo que no.
Paulina me asusta y excita;
en el placer de tocar la mano de Olga
el futuro cobra sentido.

¿Quién diría que su destino fuera tan ajeno al mío?
Tatiana sabe que no es para mí y sin embargo me ama,
Carolina me acosa y Gloria... ay Gloria
¿qué será de los bellos ojos y la canción
que solíamos bailar antes de que te fueras
para no regresar jamás?
Una rubia sin nombre me enseña de sexo;
entonces Claudia contando lo de Maribel,
no me perdona. Daniela fugaz
en la última feria de la ciencia,
Natalia promete no olvidarme,
desconociendo que su destino era Carlos.
Una mujer que no recuerdo
me dice que no la voy a olvidar,
entonces Maryeni me enseña a ser novio
y me gradúo con Diana,
una promesa para la eternidad
y una frustración para la posteridad.
Las piernas de Jenny no dejan estudiar,
Janett solo busca sexo, Jazmín entra
y sale cual si la vida fuera su hogar.
Sin pena ni gloria Cristina lo intenta,

Francy es hermosa pero no sabe besar,
Eliana nada promete, Andrea nada niega,
Isabel frágil y delicada, bella historia, triste final.
¿Quién después de todo? Mujer ausente,
en tu nombre día tras día, me he perdido,
confundido en las fauces de un libro,
¿Cuándo vas a dejar de ser un fantasma
entre espectros y recuerdos que hoy me dejan una
solitaria noche en la que danza
la armonía flotando en la melancolía?
Y yo me dejo llevar,
me dejo llorar.

El texto en sí mismo es una particular imitación de un poema escrito por Gonzalo Arango. Disculpas con él, gracias a todas y cada una de las mujeres que acompañaron el cuarto de siglo que llevó escribir este texto. Y el siguiente...

*Y yo que no veía la hora
de tenerte en mis brazos
y poderte decir...
Franco D'Vita*

Un día cualquiera el destino sin rostro se sentó en el borde izquierdo de mi cama, pronunció unas palabras que interpreté como pregunta, habló, si prefería recordar su rostro o su aroma. Opté por recordar únicamente su vestido, el de ella. La había conocido la noche anterior y es posible que el destino o ella, sucedan solo en mi sueño.

A pesar de escasos 7 u 8 años, me comporté como todo un caballero, en medio de luces y adultos, nos trazamos un intento de romance. Todo ocurrió en una casa sin lugares secretos, el jardín era una extensión de la luna llena iluminando un sendero trazado por flores, donde inventé en la ingenuidad excusas para caminar y vulnerar aunque sea por un instante la soledad.

Luego del contacto visual y de sostener la mirada buscando un lugar para la historia, la estrategia primera es ejecutar un roce de piel que suscite complicidad. El primer problema de la táctica se resolvió por la intervención de algún adulto externo. Yo elegí el cabello en la trayectoria dibujada por su hombro, fue la casualidad primera de un abrazo espontáneo, en este caso fue un largo abrazo; fue nuestra única y privada fiesta. Mi madre ajena a todo lo que de golpe se empezaba a tejer en el que hasta ahora y por mucho tiempo sería su niño, celebraba los alcances de casanova. Yo ignoraba el peso de los recuerdos. Al final de la noche, ella se marchó dejándome en la mejilla un cálido beso y un aroma no olvidado, jamás falsificado.

Al amanecer del día siguiente me desperté con una melancolía nueva para el futuro, un sentimiento extraño, ligeramente distinto al de perder un juguete caro o un globo de helio. Recordé el vestido blanco de tiras manchadas de azul pálido, un bello rostro que con el tiempo se disolvió entre otros tantos, también iluminados por la luna. Suspiré sensato de haber olvidado su nombre, un tipo de amnesia me perseguiría el resto de mi vida, quizás mi madre sí sabía su nombre; era después de todo una fiesta familiar, pero no me entendería, no sé si por pudor o por temor, nunca le pregunté. Seguro pensé que la encontraría en el mundo que entonces era tan diminuto que cabía en un suspiro sabatino y quizás en efecto fue así, en ese caso no la reconocí, se quedó como huésped del recuerdo, un relato que hasta hoy comparto con un papel. El sentimiento sí me volvería a asaltar por sorpresa; pero por principio genético, no se olvida una primera vez.

II

*Se fue y me niego a creer que se fue
y tú que viajas y algún día la vez,*

cuéntamelo...

Francis Cabrel

El mundo se volvió inmenso, a mi corta estatura las distancias eran un cosmos y los zaguanes, universos paralelos. La escuela elegida por mis padres por motivos de cercanía, fue una prisión inmensa, con el tiempo: cuatro muros al sol de un enero sostenido. Coincidían las tardes de libertad condicional con la búsqueda exhaustiva de motivos para entender la naturaleza. Para entonces los verdes ojos de Mary Luz empezaron a brillar de manera sugestiva; un día era una niña, al día siguiente me aseguraba enfática que yo era a su juicio “lindo”.

La segunda ley de la conquista implica identificar textos y contextos para el riesgo de la aventura, a veces la natural cobardía masculina exige palabras más explícitas de la condición femenina: observación, detalle, modular la voz y pactarle encuentros al hado

Mary Luz tenía el carácter trágico de haber perdido a su hermana mayor en condiciones que nunca accedieron a mi comprensión, lo que refugiaba a la que apenas era una niña, en una soledad que crecía con ella. Sus trenzados cabellos al natural y su sonrisa, eran para un niño de mi edad, espectáculos solo comparables con la televisión a color. Coincidíamos en el horario de estudio, pero el colegio no era el mismo; aunque las rutas tenían similitudes que fui descubriendo. Tal situación me inició en la destreza de peinarme;

pero cualquier propósito se veía opacado ante la aparición de la niña de los ojos color esmeralda. Un uniforme azul resaltaba los rasgos felinos en el equilibrio de su condición infantil.

Éramos vecinos y había noches en que la vecindad nos permitía mirarnos a la luz artificial de respuesta a la noche, a través de una tabla de ajedrez dispuesta como excusa para hablar; aunque las palabras fueran pocas, las partidas fueron menos.

Alcancé a decir adiós cuando el carro de trasteos encendió su motor Diesel 1978. Ella aún en pijama vertió una lágrima y abrazando a su peluche de felpa tipo Alf, detuvo su mirada esmeralda en el ángulo donde se perdía el camión que me llevaba lejos de su condición de vecino, lejos del tablero de ajedrez y del arbor de su mirada, al sur, a lo que a partir de ahora será en este relato “el pueblo”. Nos fuimos sin despedidas ni promesas, por decisión de mi padre.

La sola imagen de la despedida detenida en mi memoria, corría el riesgo de ser busto de un sepulcro que no volveré a ver; me pesa saber que mientras fingíamos jugar ajedrez, víctima de una excesiva confianza en el futuro, nunca la tomé de la mano para decirle que también era linda; que digo, era hermosa. Le fallé al tercer principio de la conquista, aún no la conocía, a menudo la lección enseña, solo un día le dije con un aire ausente que no estaba sola y le mentí.

Hace ya algún tiempo que he regresado al epicentro de la historia y el tiempo ha hecho estragos en mí y los arquitectos en el paisaje; la escuela no está, Mary Luz tampoco. La información que he recibido es confusa, me queda claro que también se fue para no volver. Tampoco le dije que me esperara, de haberlo hecho también sería mentira. Ella lo sabía; pero es imperdonable no haberle dicho que era linda.

III

*Ahora que he olvidado lo que soy
recuerdo en el pasado lo que he sido...*

Miguel Bosé

Quizá era una tarde, recuerdo poco y la improvisación compensa el olvido. Había llegado a mi casa y al pasar de largo por la sala, escuché la voz ajena en un hilo infantil que dialogaba con mi hermana, supongo que me detuve disimulando el punzante interés. Parte del arsenal de conquista implica demostrar un interés moderado, cualquier exceso puede resultar fatal. Ella era una niña como todas las anteriores, de ojos diáfanos y místicos, como todas las anteriores. Era, ¿o será aún?, hija de una amiga lejana de mi madre que solo de vez en cuando se aparecía. Aunque tal visita dominical estaba anunciada, su terso aire perturbador me tomó por sorpresa. Acortando estrategias de conquista, busqué el ángulo del diálogo para someter mi interés a su consideración, despreocupada cayó en la telaraña tejida por gestos y expresiones fáticas del lenguaje: la mujer que habla, revela fragmentos de una imagen que define el paso siguiente, el tacto preciso, el tema de conversación, la finitud de la mirada, el subsecuente encuentro. Nada más, aparte de mi sorpresiva buena disposición para atender una visita, distrajo el común desarrollo de aquella tarde; excepto por un hecho simple, tan sutil que pudo ser imaginado.

Cuando llegó la noche, pasamos de los juegos de tablero a las escondidas, la pauta estaba marcada por la espontaneidad; más acción en la práctica, subimos por principio categórico del juego a la azotea, mientras su hermana menor se daba a la tarea de buscarnos; quizás evadí en el relato hasta el

momento la existencia de una hermana menor, no ha sido deliberado, solo hasta esta parte tiene un lugar bastante efímero en la historia. No recuerdo si la noche estaba estrellada, quizás había luna, recuerdo que apoyados de espaldas al muro, dirigí mi mirada hacia su rostro y en él se quedó detenida, recuerdo un brillo en incremento en sus ojos, un calor en mi cara. Lentas como en un vals de Wagner nuestras manos se rozaron con ternura, un movimiento espontáneo que nos sugirió un beso: esa nostalgia inexplorada que exigía fingir experticia, aún sin referencias. Sus ojos cerrados, el temor en la atmósfera, cuando a escasos centímetros de sus labios, la no melodiosa voz de madre la llamó por su nombre en un tono que anunciaba la despedida.

En contrapunto de latidos descendimos asustados, disimulando que nada cósmico había sucedido. Como ya lo puede notar el atento lector, olvidé el nombre de la protagonista de esta historia, intentaría alguna posibilidad pero sería un irrespetuoso con su recuerdo.

Volvería a verla seis años después, la emotividad propia de este encuentro me llevó hasta la providencia de sus quince años, era entonces una jovencita hermosa, con su expresión intacta. Se acercó a mí y se presentó como si jamás me hubiese visto, le pregunté si no me recordaba, pero solo obtuve un gesto de extrañeza. Sentí entonces un incontenible deseo de liberarla de su amnesia; mas, noté que el brillo diáfano había abandonado su mirada, así que solo dije mi nombre y guardé el recuerdo, fui egoísta o fui orgulloso pero en fin, fue el fin.



IV

*...Niña de fuego con labios de mujer fatal,
cuando se entere de nuestro juegos tu papá.*

Orquesta Mondragón

Lo debo confesar, no supe dónde empezaron las cosas; cursaba entonces el año de bienvenida al bachillerato, el cambio de ambiente le había sentado bien a mi timidez que inició su persecución en la niñez; había fortalecido sin proponérmelo un grupo de compañeritos neófitos del universo; aún peinados por hermanas mayores, generosos en risas, temerosos de las mujeres. Uno entre los mencionados se interesó mucho por una niña del salón; Olga Lucía era su nombre entonces y sospecho que lo es aún, no podía yo negar el particular atractivo de la compañerita con una niñez prometedora, al igual que una expresión fenotípica dominante latina. En los juegos que antecedieron mi primer beso, me di cuenta que mi compañerito no le era tan atractivo; la situación en sí misma revelaba un camino, un espacio de complicidad al que accedí no sin proponérmelo, inicialmente canalizando mensajes, luego tergiversándolos, finalmente, inventándolos.

El lugar del mensajero tiene sus ventajas, gané la confianza de Olga pero aún más importante, la propia; sin confianza no existe el atractivo, al menos en los hombres. En un silencio tímido o una conversación sin sentido, nos enseñamos a abrazar; una cátedra que quedaba entre clases, en las pausas de tareas; yo me demoraba en las caricias, trazando órbitas en redondas mejillas pintadas por tenuous pecas donde aprendí a seguir las primeras constelaciones. Fue una mañana soleada cuando el imaginario puso fin al deseo y el hecho derivó en que nuestros labios inexpertos se juntaran, ninguno de los dos notó

la atención expectante de todo el salón de clase, incluyendo la profesora de ciencias sociales. En un vigilado rincón del salón, el mismo salón que años después nos serviría para otros encuentros con mejor descripción para adultos.

Aprender que el beso se hace a sí mismo, que nunca se pide, se reclama o se exige; cualquiera de las anteriores es evidencia de inseguridad, el precio, es dar un beso sin merecerlo. Crear el beso es crear el recuerdo, es más importante el contexto, es un alto porcentaje del éxito; nadie me lo había dicho, pero fue una estrategia que me llegó en el proceso. Los viernes se colmaron de besos en un modelo de reserva que tenía la pretensión de durar todo un fin de semana y que se veía seriamente perjudicado por los festivos. Ocultos a la opinión de los padres, motivados por la complicidad de los compañeros, una memorable relación trazó un modelo para otros del salón que a la postre se arriesgarían. Luego llegaría el tránsito de un grado a otro: las habilitaciones, deudas académicas, el vértigo de saberse perdido y apostar todo, las reflexiones, las vacaciones, depender de las llamadas a escondidas, a la baja inversión adolescente para un helado romántico, así finalizó el año y con él nuestra relación púber. Al año siguiente frente al encuentro tantas veces imaginado, nos mostramos distantes, la timidez recuperó el terreno perdido y de manera inexplicable las cosas agonizaron, al parecer murieron. Algo del vacío del tiempo que no nos perdonamos.

Seguíamos siendo compañeros cada vez con menos cosas en común; los años siguientes afianzaron en ella una sensualidad que perjudicaba mi natural estado de ocio escolar. Pronto iniciaron de nuevo los saludos, las miradas que disimulaban decir más de lo que jamás fue pronunciado, las conversaciones suscitaron un rol de amigos; pero el símbolo de nuestra relación persistió con nuestra generación. Así pasó el tiempo; cuando ya era el último año del colegio y las terceras personas de turno hacían intransitable el abismo entre los dos, una tarde expuesta al vértigo académico se apro-

ximó renunciando al rol de seductora por una de portadora de angustia; la crisis rondaba la adolescencia. Sin preguntas la acompañé hasta su casa en un ocaso eclipsado por lluvia; despreocupados caminamos, hablamos, nos tomamos de la mano, reímos; sin programarlo, sin buscarlo en la despedida normal como es de suponerse, el abrazo se tomó su tiempo, quizás el mutuo calor de resistencia al clima, revivió momentos extraviados en la niñez y, ¿por qué no?, nos besamos con una ansiedad susceptible a la finitud de la existencia. Desde entonces, jugamos el oscuro lugar de los amantes, movidos por la nostalgia sobrepuesta a un verdadero sentimiento.

Fue cuando de nuevo sentimos que la historia se repetía; que se anunciaba el fin de nuestro albergue en la secundaria y otros reclamaban nuestro espacio para distintos libros, nuevas historias. Una última noche con el sabor de despedida anisado, fuimos hasta el mismo salón en el que se escribió el prefacio de nuestro afecto y jugando con la complicidad de un colegio deshabitado, nos entregamos como dos adolescentes curiosos, que en efecto lo éramos, entre lágrimas que anunciaban un final distinto, pero aun así, un final. ¿Una historia en dos episodios? ¿Dos historias en un mismo episodio? ¿Acaso un dejavú? ¿Habrá un tercero? Tantas preguntas para tan pocos recuerdos.

El día de graduación la vi hermosa, como cuando mi compañero se fijó en ella. Se fue sin palabras, sin dejar besos de reserva para tantos fines de semana posteriores. Con los años su recuerdo se ha hecho épico. Mucho tiempo después recuerdo haberla encontrado en alguna de mis tantas noches suicidas; robusta, con su atractivo añejado con premura, sentada en las piernas de un hombre tosco, con presunción de propiedad en su gesto, un habitante del mundo. Ella me saludó sin tapujos, él me miró sin afectos, nada más para alimentar la fantasía de los curiosos. A veces me es dominante el deseo de saber de ella o por lo menos escuchar de sus labios la versión de esta misma historia.

V

y sin embargo te pido que no sueltes mi mano
Agrupación Toque de queda

Bastante tiempo había pasado para volverme a encontrar con el arrebatador perturbador que sugiriera historias toleradas de ser contadas, transcurrían aún los años de la preliminar adolescencia, la soledad ya no era uno de mis fuertes, el año estaba a punto de posarse en el recuerdo. Aquel día ya no era de día, era una calurosa tarde sabatina, desde los minutos previos debía estar en el parque de mi pueblo; temo incluso que mi impuntualidad característica tenga génesis en esta época, de modo que salí de mi casa alternando: corriendo y caminando; al doblar la esquina se empezó a dibujar en el paisaje la silueta de una mujer acompañada de un niño. El asunto desde luego no era nada relevante; a menudo por las calles de mi pueblo se ven mujeres acompañadas por niños incluso a veces por niñas, solo que me suscitó una atención especial. A medida que me acercaba sus facciones me permitieron hacerme una idea que ahora puedo compartir: era una mujer blanca, de cabello rubio largo, recogido más abajo del cuello, tenía un corto vestido y más por admiración que por avaricia, noté unas admirables piernas. Me disculpo por el adjetivo, no pensé lo mismo en el momento.

Pasé por su lado con la mirada detenida en su rostro... cómo evadir el detalle de finas cejas, sus ojos color caramelo con el misterio próximo que me había ya perseguido en la dulce niñez que apenas empezaba a dejar; cual si fuera poco, gruesos labios en medio de unas facciones ovaladas en las que coincidían por igual la sensualidad y la dulzura con un equilibrio en consideración peligroso. Era evidente que me aventajaba algunos años de

edad, incluso los suficientes para ser la posible madre del niño, aunque no los suficientes para escapar al alcance de mi imaginación.

Me he permitido obviar el motivo de mi afán y con el respeto del lector lo seguiré haciendo; solo sé que esperé verla de nuevo al final del sendero, pero su camino al parecer no la llevaba hasta allí. Al anoecer cuando volvía a casa por el mismo camino, me asombré de verla, esta vez en el tercer piso de un edificio recién construido, no muy lejos de mi hogar habitual. Aunque lo intenté no pude quitarle la mirada mientras me fue posible. Ella, en un estado de reflexión detenida, tan irreal, misteriosa y hermosa como la princesa prometida en un castillo olvidado, observaba el horizonte; entonces me miró con detallada pausa, como quien distingue una silueta en el extremo de su campo visual. Ni un saludo, ni una sonrisa, algo suficiente para mí ese día. Los siguientes se llenaron por casualidad de diligencias que me exigían pasar por aquel lugar. Cada nuevo avistamiento armaba un rompecabezas de preguntas que su imagen no resolvía, su misterio perturbaba el sueño. Las miradas resultantes implicaban que yo no le era tan indiferente y pronto se volvieron sutiles como si mi sentimiento no le fuera ajeno, ni extraño, llegué incluso a pensar que salía al balcón a esperar la mirada de rigor; pronto aparecieron las sonrisas tímidas, nada especial en realidad, como quien al fin se distingue con un vecino.

Los días se fueron acumulando en el calendario, de nuevo el año nació; en realidad nada cambió: la gente suele embriagarse y llorar diciendo, ¡feliz año nuevo!, pero al día siguiente el sol es el mismo, en fin. Yo tenía una ilusión creciendo más que mi estatura, en contraste con un verdadero reto de valentía. Aquella mujer extraña cuyo nombre solo podía opacar el misterio que suscitaba, despertaba en mí un suspiro febril, una ambiciosa empresa y la carcajada de mis más cercanos amigos. La tarea no era fácil; me conformaría con escuchar su voz, pero antes tenía que abordarla, conocerla, poner

en palabras lo implícito pero... ¿Cómo? Las posibles respuestas me hacían temblar; no es una metáfora, o sonrojar en su defecto. Así llegó el día. Por alguna razón en mi cotidiana ruta, muy frecuentada en los últimos días, la encontré afuera del edificio con unas inmensas cajas que, o estaban vacías o la protagonista gozaba de muy buena fuerza. La percusión de la sangre rodeando mi pecho y su disimulada actitud de espera me anunciaron lo que era inevitable: la excusa estaba dispuesta, el escenario estaba listo, estaba yo caminando, estaba ella esperando. ¿Qué me falta?, esta vez era su mirada la que se detenía en mí, pero yo era un caos de pensamientos. Trataba de articular mi bipedalismo para no tropezar. Qué difícil es caminar, justo en el momento en que me decidí a decir: –Perdón, ¿te ayudo? –ya había pasado por su lado unos diez pasos sin mirarla, tan cerca que alcancé a percibir su loción de vainilla... sin detener mi marcha, volví la cara atrás y su expresión marcaba una cierta frustración. Fui cobarde, bastante tonto, luego entendí que cada autor es víctima de su época, no sé si me justifique la edad o la historia, pero ese día me sentí limitado e incapaz.

Reflexioné largo tiempo; me di ánimos, pensé en los sublimes detalles y después de un dilatado monólogo me decidí a enmendar el error al caer la noche. Dispuesto a arriesgarlo todo, compré un chocolate de los finos, me vestí para la ocasión, fui en aquella conocida dirección que significó un medio para alcanzar un fin. Ahí estaba, el gris edificio colosal e indiferente, el primer tropiezo llegó con la ausencia de la mujer culpable en el balcón donde solía verla. Debía ofrecer más de lo que podía, decidí como por inercia tocar el timbre; a menudo hay actos de valentía que salen mejor si no se piensan, piso tres interior trescientos uno. Mis pensamientos se agolparon uno tras otro, la claridad del qué decir si me abrían, fuera ella u otra persona, se diluían ante la sola posibilidad de que al menos abrieran, pero nadie lo hizo ni se asomó al balcón. Toqué una vez más: piso tres interior trescientos

uno y de nuevo mis temores se pusieron en juego, pero en efecto nadie se atendió. Una tercera vez, pues ya me lo había jugado todo, piso tres interior trescientos uno. En el acto, una no muy atractiva señora del cuarto piso me dijo en un sin número de vocablos que el apartamento del piso tres estaba desocupado justo desde aquella tarde. Dije gracias entre los dientes, mientras activaba mi bipedalismo. Frustración, soledad, el buen sabor de un chocolate fino y el olvido; no es necesario agregar que no volví a verla.